

LA EDUCACION MARXISTA

POR EDUARDO PALLARES

EL presente estudio no comprende todos los aspectos originales e interesantes que presenta la educación marxista. Nos han faltado tiempo y espacio para llevar a cabo una labor sintética. Tampoco podemos presentar un juicio crítico por los mismos motivos.

I

Puede afirmarse que la política de los soviets y las diversas instituciones sociales o jurídicas que se han establecido en el antiguo imperio de los zares, constituyen en su unidad ideológica, y en su organización práctica, un poderoso y vasto plan de educación, de acuerdo con los principios de la filosofía marxista.

La educación no se realiza tan sólo en los órganos específicamente consagrados a ella, sino también en otros géneros de actividades sociales diversas de aquellas. La dictadura soviét, de acuerdo con un hábil plan de acción, no desperdicia la menor oportunidad para obrar sobre la conciencia del pueblo en un sentido comunista y apartar a las nuevas generaciones de toda idea o sentimiento favorable al individualismo capitalista.

Los dictadores rojos tienen a su favor dos cualidades de acción: la sinceridad y el valor para realizar sus propósitos. Lo que quieren, lo quieren con toda la fuerza de voluntad, y, para ejecutarlo, ponen en juego una tenacidad a veces sobrehumana. Confiesan con absoluta franqueza el fin de sus propósitos, y no se sirven del lenguaje ambiguo, y en ocasiones hipócrita, de los gobernantes capitalistas que viven en un mundo de valores convencionales y ficciones políticas que los obligan a huír de la verdad y, en todo caso, a disfrazar sus fines

para no aparecer ambiciosos, crueles o dominadores. Los soviets dicen las cosas con sus nombres y han roto por completo con los principios y los prejuicios de la moral occidental.

II

La educación soviética es por esencia partidarista, así lo confiesan paladinamente sus más conspicuos representantes. Tiene como base el principio formulado por Karl Marx, a quien se le antojaba una suprema falsedad afirmar la autonomía de una moral universal verdaderamente humanitaria, ecuménica, en el sentido profundo de la palabra. No existe esa moral: lo que vemos actuar en el mundo real de la convivencia social, son varias y contradictorias morales. La moral de clase es lo único que existe y ha existido a través de la historia: moral burguesa, moral feudal, moral industrial, moral sacerdotal, etc. La moral propiamente humana no existe, y los que creen en ella son unos ilusos o unos farsantes. Engels ya lo dijo: "La moral ha sido siempre una moral de clase; ha servido para justificar la dominación y salvaguardar los intereses de la clase gobernante, o para reflejar la indignación contra ese dominio, representando los intereses futuros de la clase oprimida." Lenín se hace eco de estas frases, y subraya: "Negamos toda suerte de moral que dimanase de la idea antihumana y negadora de las clases, y consideramos semejante moral como un fraude y un engaño que cohibe las mentes de obreros y capitalistas. Nosotros afirmamos que nuestra moral está subordinada a los intereses de la lucha de clases del proletariado."

III

Consecuente con este principio, la educación soviética es anticapitalista, antividualista, antiburguesa, y tiende por todos sus medios de acción a realizar la dictadura del proletariado. Sus líderes así lo declaran, desafiando abiertamente las actitudes de tolerancia y pacifismo de los pedagogos de occidente, enemigos del comunismo. "Nuestra escuela debe ser comunista—dice Lunatcharsky—, lo cual significa que el partido a que nosotros nos adherimos es el antipartido por excelencia, el partido humano absoluto." "Un carácter adicional, dice Pinkevich—que distingue rotundamente a la nueva escuela de los hijos del proletariado que lucha—, es su aspiración de preparar un plantel de soldados para la revolución, de engendrar a los edificadores de una sociedad nueva, de dar a luz organizadores capaces y revolucionarios convencidos. . . ." ¿Cuál es el fin de la pedagogía?, se pre-

gunta, y luego de analizar las diversas respuestas que este problema ha suscitado en los centros intelectuales de Europa y América, y manifestar su inconformidad con ellas, contesta: "Es evidente que durante el período revolucionario, la escuela y las demás instituciones educacionales han de inspirar el interés más vivo al poder proletario. El propósito de todos los obreros, en la esfera de la educación pública, será inculcarle a la nueva generación comunista sus ideas y con ello aumentar el número de los que combaten por la implantación de un estado comunista. Su aspiración es, por decirlo así, adoctrinar a la juventud en la filosofía proletaria. Y esto no se limitará en modo alguno a los niños de los proletarios. Según los términos del programa aceptado, "la escuela debe ser no sólo un vehículo de los principios del comunismo en general, sino también un instrumento mediante el cual pueda el proletario influir en las capas proletarias y no proletarias, con la mira de educar una generación capaz de implantar finalmente el comunismo".

Todo nos indica que la pedagogía soviét atraviesa un período de ardiente proselitismo, de espíritu combativo que no quiere otorgar gracia a las sociedades burguesas, sino acabar con ellas y hacer triunfar en un futuro la idea comunista. Si el socialismo es una religión—como muchos lo pretenden—, ahora atraviesa la faz inicial de todas las religiones: la de lucha, la de propaganda intensa, la de ardor incontenible, pero lo hace utilizando las armas de la ciencia moderna.

IV

Ni que decir que en la República de los soviets la dirección suprema de la educación se encuentra en manos del poder público, que no admite rivales de ningún género. La omnipotencia del Estado es absoluta y el ensueño del Estado absoluto, el ensueño de Platón, que inspiró su diálogo "La República", encuentra en Rusia una encarnación cierta y palpitante, a lo menos en lo que se refiere a dicha omnipotencia, aunque no en cuanto al contenido del programa educacional.

La iniciativa privada no existe ni puede existir en el mundo soviético, que es por esencia un Estado en el que domina la burocracia comunista.

V

El gobierno soviét ha declarado la guerra a Dios y ha puesto en su empeño todas las fuerzas oscuras y tenebrosas que dan una fiso-

nomía especial a las dictaduras orientales. El partido comunista, por medio de la "Liga Atea", lleva a cabo una intensa propaganda para desacreditar las religiones occidentales y ponerlas en la picota del ridículo: distribuye folletos, organiza conferencias, predica en las esquinas de las calles, penetra en los hogares de los campesinos y les explica los fenómenos del rayo, del trueno, de las heladas y de los eclipses, convenciéndolos de que todo obedece a causas naturales y que Dios no existe. En Moscú y Leningrado funcionan universidades antirreligiosas, y la liga atea no desprecia ni la comedia, ni la ópera, ni siquiera los vaudevilles, para burlarse de la religión y escarnecer la idea divina. Qué más, se han representado "juguetes infantiles", verdaderas comedias para niños, francamente ateos. Los cuentos de hadas se consideran perjudiciales al alma infantil, y en su lugar se quiere que los mayores y los maestros, en las horas de esparcimiento, narren a los pequeñuelos "cuentos de hadas modernizados", en los que las maravillas de la ciencia y de la industria realicen los prodigios que en nuestros tiempos realizaban los genios del bien o del mal, las hechiceras y los amuletos. La Liga Atea, que afirma tener tres millones de socios, ha formulado su plan quinquenal, como Stalin ha formulado el suyo para industrializar a Rusia. Aquélla pretende desarraigar la religión en el pueblo, y espera que al finalizar los cinco años contará con no menos de treinta y cinco millones de individuos ateos. "Bautizos rojos", funerales rojos, matrimonios rojos, destrucción de íconos, ocupación de iglesias, persecución de sacerdotes y monjes, de todo se ha echado mano para arrojar a Dios de la República Soviet.

VI

Los pedagogos no son menos intransigentes que los políticos a este respecto. "Casi innecesario resulta decir—leemos en Alberto Pinkevich—que en nuestra escuela no hay lugar alguno para ninguna influencia religiosa. Con toda claridad puede afirmarse que en nuestra escuela no tendrá cabida la Iglesia, que siempre fue un elemento poderoso encargado de enturbiar la conciencia de los trabajadores."

¿Cuál es la actitud del pedagogo soviético ante el problema del universo, o sea ante el criterio que debe inculcarse a los educandos acerca del universo considerado en su totalidad? La respuesta exige el triunfo de un punto de vista estrictamente materialista. Los discípulos de Marx hablan de una visión científica y constantemente se refieren a la ciencia como a la norma suprema de las actividades sociales e intelectuales, pero los más sinceros profundizan ese concepto y lo caracterizan como "materialista". ¿En qué consiste—se pregunta Pinkevich—la esencia de la educación científica? Para

responder a esta pregunta tenemos que empezar por poner en claro nuestro concepto del carácter del procedimiento científico. Quizá como mejor podamos hacerlo sea anotando las principales características del hombre de ciencia. Este ha de poseer el dón de contemplar un fenómeno exactamente y sin desviarse, observando únicamente lo que en realidad existe, y debe, además, ser capaz de investigar, esto es, para encontrar nuevas relaciones, combinando hechos y formulando y comprobando hipótesis. . . Este análisis nos capacita para responder a la pregunta referente a la naturaleza de la educación científica. En primer lugar, debemos educar realistas puros, es decir, materialistas. De ese modo no tenemos que pedirle al niño que acepte como cosa verdadera sino las menos afirmaciones posibles acerca del mundo."

Como se ve, el agnosticismo soviético se adhiere a la forma más desacreditada del positivismo, al positivismo materialista, al que no admite otro criterio de certidumbre que el suministrado por la experiencia sensible. El pedagogo soviético anhela educar niños escépticos, rigurosamente atentos a las realidades sólo perceptibles por medio de los sentidos. El ensueño metafísico, el arrebató místico, las intuiciones profundas de las realidades más hondas que escapan a la grosera captación sensual, todo ello merece el desprecio de los pedagogos soviéticos, que afirman la excelencia de la educación materialista.

VII

Como era de esperarse, el marxismo pone en primer término, para realizar sus fines, la escuela del trabajo sistemático, y de modo preferente, del trabajo industrial moderno. Muchos de los pensadores soviéticos consideran que la escuela comunista es por antonomasia la escuela del trabajo. Ciertó que pedagogos de la escuela liberal individualista, como Dewey, o conservadores católicos y social-demócratas han luchado para hacer triunfar la escuela del trabajo, realzando los beneficios de las labores manuales, y así no puede afirmarse que corresponde al grupo comunista la originalidad de la idea, ni menos aún su primera realización práctica, pero ellos sostienen que sólo dentro del socialismo integral puede dar todos sus frutos la escuela del trabajo.

En el Congreso de Ginebra, de 1867, Karl Marx propuso la siguiente resolución, que fue aprobada: "Por educación entendemos tres cosas: primero, educación mental; segundo, educación física, tal como se da en las escuelas, mediante la gimnasia y la instrucción militar, y tercero, educación técnica, que introduce al futuro obrero

en los principios generales de todos los procesos de producción y al mismo tiempo facilita al niño una información práctica respecto al uso de las diversas herramientas del trabajo. La marcha gradual y progresiva de la enseñanza mental y técnica debe guardar relación con la clasificación de los jóvenes trabajadores. . . La unión del trabajo práctico remunerado, con la educación mental, el ejercicio físico y la educación técnica levanta a los obreros por encima del nivel de las clases media y alta."

En su obra "El Capital", insistió sobre la misma idea, elogiando el sistema según el cual los niños laboran "mitad trabajo manual y mitad escuela, porque cada una de esas actividades produce un descanso y un alivio con respecto a la otra" . . . Más aún, contrariamente a la opinión de diversos socialistas, Marx creía que no era conveniente prohibir en lo absoluto el trabajo infantil. "Aunque fuera posible esa implantación—decía—, siempre sería una medida reaccionaria. Regulando estrictamente la jornada del trabajador, de acuerdo con su edad y adaptando otras medidas de precaución en beneficio de los niños, la unión temprana del trabajo productivo con la enseñanza es un instrumento poderoso para la transformación de la sociedad moderna."

Los pedagogos que actualmente tienen a su cargo realizar el programa soviético, son fieles al credo marxista. Lenín, Lunatcharsky, Krupskaya, Pinkevich, Pestrak y otros proclaman las excelencias de la escuela del trabajo, de las escuelas politécnicas, de los campos, talleres y fábricas que actúan como centros de educación. El Partido Comunista Ruso ha definido claramente su actitud a este respecto: "Durante el período de dictadura del proletariado, esto es, durante el período de preparación de aquellas condiciones que han de hacer posible la completa realización del comunismo, debe ser la escuela, no sólo vehículo de los principios del comunismo en general, sino también de una influencia educacional organizada del proletariado sobre las capas semiproletaria y proletaria de las masas trabajadoras. . . " "¿Queréis saber—se pregunta Shulgin—lo que es la escuela del trabajo? Muy bien, pues es una escuela que prepara campeones del ideal de las clases obreras, constructores de una sociedad comunista. Hállase de arriba abajo saturada de vida contemporánea; la organizan los niños con ayuda de los directores sobre una base de trabajo; ha venido al mundo traída por el progreso económico."

Pero no se crea que la "escuela del trabajo" quiere la labor manual improductiva, sin valorización social. "No somos entusiastas ciegos del trabajo, dice Pinkevich, sin tener en cuenta su forma. En el fondo, esa apología de la destreza manual es un vestigio del pasado. El trabajo del artesano ha cedido el puesto a la producción industrial; y si queremos comprender y empezar a vivir según el

modo de la vida y la ideología del proletariado, debemos saturarnos, ante todo, de la cultura de producción maquinista. En una palabra, nuestra escuela debe ser una escuela industrial."

VIII

El soviets en la escuela no es sino la prolongación ineludible de los soviets en los diversos órdenes de la actividad social. El soviets en la escuela corresponde al soviets en el ejército, en las fábricas, en las industrias, en el comercio, etc. Significa, además, la necesaria participación de los educandos en los reglamentos interiores y en los programas de las escuelas. Los consejos de los alumnos funcionan normalmente en toda la República rusa, y crean, interpretan y aplican el reglamento de orden interior. Juan Maxe afirma que los soviets infantiles forman "una república de niños, una comunidad tolstoyana de niños". Qué más, en la formación misma del programa escolar los infantes son escuchados al lado de los maestros. "Se decide establecer—leemos en un decreto expedido por el gobierno soviets—nuevos programas escolares cuya elaboración se confía a comisiones compuestas de profesores de cada escuela, empleados, criados, padres y alumnos." En los establecimientos docentes de la beneficencia, la señora Kollomtay concedió autonomía cierta a las asociaciones, juntas y reuniones de los alumnos. Cada clase tiene su junta, y por regla general el alumno más popular representa a sus compañeros en las juntas de maestros. Cuando un profesor no goza de las simpatías de sus discípulos, el remedio es bastante sencillo: aquéllos lo destituyen de plano. Si un profesor al entrar a la escuela encuentra a sus discípulos reunidos en sesión, tiene la ineludible obligación de no entorpecer sus actividades con la ridícula idea de llamarlos a la cátedra respectiva. En muchos establecimientos los alumnos, mediante su representante soviets, administran su propia escuela y dictan reglamentos que obligan al profesorado.

¿Qué significación tienen en este plan de ideas el principio de autoridad escolar y la heteronomía de la norma pedagógica? Creemos que ninguno.

IX

Escuela única. Este vocablo tiene mucha fuerza sugestiva; por su sonoridad y rotundidad evoca en nosotros ideas de excelencia, de algo de valor indiscutible. Los soviets tienen la pretensión de realizar íntegramente el desiderátum de la escuela única. ¿Qué de-

bemos entender por tal? Lunatcharsky dice que "la unificación tiene un doble sentido. Primero, supresión de la distinción de clases. La escuela se transforma en una escala única; en principio, todo hijo de Rusia entra en una escuela del mismo tipo, y dispone, como todos los demás, de la posibilidad de alcanzar la enseñanza de las escuelas superiores; segundo, hasta los diez y seis años se evita la especialización. La instrucción adquirida es general, en el sentido alto de la palabra, politécnica y la misma para ambos sexos".

La escuela única representa reacción saludable contra los requisitos que en los países capitalistas impiden a los proletarios ingresar a determinadas escuelas o institutos. En este sentido es democrática y se orienta en el y para el servicio de la universalidad de los ciudadanos. "Nuestra escuela es realmente general, dice el propio Lunatcharsky. Para alcanzar ese fin, no solamente se ha suprimido el impuesto escolar, sino que los niños son alimentados gratuitamente y se les sirven comidas calientes; a los más pobres se les viste y calza. Desde luego, todos los libros de la escuela los entrega ésta a los escolares."

La escuela única no sólo representa una lucha contra las diferencias de fortuna o de clase social. Una idea pedagógica más profunda le sirve de base. Se quiere, mediante ella, que desde los grados más inferiores de la educación hasta los institutos más elevados de la enseñanza científica, todas las cátedras, todos los programas, todos los métodos se coordinen, formen un conjunto orgánico, respondan a un plan de acción sintético y unitario. Alberto Pinkevich expresa magistralmente esta idea interesantísima de la escuela única del soviét.

"De suerte que nuestra escuela contemporánea debe llegar a ser no sólo una escuela socialista y comunista y una escuela de trabajo, en el sentido que acabamos de dar a la palabra, sino también una escuela unificada. Esta es una de las primeras demandas de la revolución. ¿Qué hemos de entender por la expresión "escuela única"? Según las palabras de la famosa declaración de la Comisión Oficial de Cultura, de 1918, "significa que todo el sistema escolar, desde el kindergarten a la universidad, constituye una sola escuela, una escala educacional sin interrupciones. Significa que todos los niños deben pasar por el mismo tipo de escuela y empezar su educación del mismo modo; que todos ellos tienen derecho a recorrer toda la escala hasta sus tramos más altos, o, en todo caso, que el paso de un tramo a otro debe estarles asegurado, en primer término, a los alumnos de más talento, dándoseles la preferencia a los hijos de los proletarios y de los campesinos más pobres."

Propónese, por consiguiente, una organización escolar en la que no haya "número cerrado", como existen, incluso en las escuelas

progresivas de la Europa Occidental. Con arreglo a este plan, todo niño, sea cualquiera su cuna, ingresa en la escuela general y puede llegar tan lejos como sus capacidades y su interés se lo permitan, sin que en ninguna dirección venga a estrellarse con barrera alguna que le impida proseguir el avance.

X

Los pedagogos soviets dan gran importancia a la educación de la voluntad combativa y a la compenetración del alma del niño con la vida contemporánea. Desprecian los métodos del intelectualismo tradicional y miran con horror los esfuerzos prodigiosos que se exige a la memoria en nuestras escuelas y facultades. Ese acumular textos, lecciones y trabajos escolares que sólo conciernen a la inteligencia pura o al recuerdo, no se compadece con la escuela soviética, que es por esencia escuela dinámica y de voluntad combativa.

El Comisariado de la Educación aprobó en 1924 el siguiente canon: "La escuela sovieta aspira a desarrollar en el niño un concepto materialístico del mundo, facultad de actividad creadora y hábitos colectivistas. Los medios que para ello pone en juego son: a) Participación de los niños en la elaboración de su vida; b) La articulación de la labor pedagógica con la vida contemporánea y la comunidad circundante; c) La introducción del niño en la naturaleza, tanto como investigador y como estudioso; d) La utilización en conversaciones y cuentos de materiales que conduzcan al niño a una comprensión concreta de los fenómenos de la vida; e) El dominio gradual de los procesos de leer, escribir y contar, como parte de la vida colectiva de los niños; f) La ordenación de viviendas, mueblaje y ropas y del régimen general de la escuela desde el punto de vista de la higiene y la educación."

En todo caso, el gobierno sovieta quiere ciudadanos de voluntad arriesgada, de espíritu batallador, capaces de consumir la gran revolución comunista en todo el mundo. "Nuestra época—dice Pinkevich—, que ha asistido a una lucha intensa y decidida por la realización de lo que antaño era un sueño y hoy es una realidad, requiere individuos fuertes, recios y vigorosos. Hablando del ejército alemán, escribía Foerstwr hace diez años: "de tremenda importancia en la educación de la voluntad del hombre, y en general de su "técnica y cultura", es la circunstancia de que se presenta un momento en su vida en que debe olvidar toda forma de actividad floja y desmayada, y sacrificar por completo su modo de ser personal en aras de una gran acción colectiva". "Palabras que están muy bien dichas y que nosotros aplicamos en otro sentido." "La gran acción común"

es la revolución social, en cuyo nombre deben obrar y luchar no sólo los obreros políticos profesionales, sino también los maestros y todo el proletariado del trabajo mental, juntamente con el proletariado del trabajo físico. Pero esa firme voluntad, ese carácter disciplinado, no llegaremos a conseguirlo si educamos a nuestros niños en la atmósfera debilitante de la no-resistencia pedagógica."

El gobierno soviét quiere luchadores, hombres animosos y viriles, y ve con agrado a los niños belicosos y combativos, prohibiendo a sus maestros que "los apabullen" mental y moralmente por medio de una coerción sistemática y absurda.

XI

En la escuela marxista los premios han desaparecido y los castigos se ven con horror. El comunista odia todo lo que pueda recordar las diferencias de clases de la sociedad burguesa y los títulos, honores y distinciones del régimen zarista. De esto dimana su actitud hostil a los premios y recompensas. Piensan los pedagogos rojos que el estímulo del premio tiene algo de inmoral porque fomenta los sentimientos de codicia o de vanidad. La propia satisfacción del deber cumplido es la mejor recompensa, y la gratitud de la posteridad o de los que ahora nos rodean puede servir de estímulo.

En cuanto a los castigos, caen bajo un principio pedagógico que parece estar inspirado en la teoría de Spencer y Rousseau acerca de las sanciones naturales. "Pudiendo evitarse el castigo y obtenerse por otro medio el resultado apetecido, debe rechazarse en absoluto."

Prácticamente, se prefieren las sanciones naturales, y los educandos gozan de una gran libertad, como veremos en el capítulo siguiente; pero el pedagogo soviét no se opone de modo absoluto a la utilización de las penas y castigos, aunque los utiliza lo menos posible.

Si se quiere obtener una voluntad disciplinada es absurdo consentir que el niño haga lo que se le antoje.

XII

La autonomía de la escuela, que quieren realizar los pedagogos soviets, es autonomía orgánica, espontánea, no artificial ni de mentirijillas. En esencia, consiste en que los educandos "dicten y sancionen reglas de conducta para toda la colectividad o para una parte

orgánica de la misma". La autonomía artificial, que no responde a una necesidad realmente sentida por los alumnos, madurada y consciente, sino que es de carácter externo y como impuesta por la autoridad escolar, no puede subsistir largo tiempo ni da frutos valiosos. "No queremos—dice Pinkevich—que los niños pongan en vigor reglas ya acordadas por sus mayores. No deben jugar los niños a la autonomía."

¿Qué relación tiene la autonomía con la disciplina? Los pedagogos rusos afirman que la nueva escuela condena la "vieja disciplina de la palmeta", la que se basa en un temor pueril. "Nada de esclavos—dicen—, sino luchadores". Su ideal queda perfectamente expresado en la divisa de Montessori: "Disciplina, sí, pero con libertad." Esto puede traducirse brevemente con un solo vocablo: "autodisciplina".

Cosa curiosa, el régimen autonómico ha demostrado que los alumnos tienden a exagerar los castigos. Pudiera esperarse lo contrario y creerse que los alumnos son benignos para con sus compañeros cuando llega la ocasión de castigarlos. Los hechos prueban que las autoridades escolares se ven obligadas a intervenir para obstaculizar una acción represiva más allá de lo que racionalmente debe llevarse a cabo.

Naturalmente que la autonomía no es absoluta y siempre se encuentra subordinada al control supremo de las autoridades escolares, que en casos de notorio desorden o indisciplina, obran para salvar el régimen escolar. Más aún, los propios reglamentos que formulan los educandos se forman con la participación de los maestros

La Krupskaia afirma que la autonomía no significa que los adultos ni los profesores pierdan su influencia sobre el grupo escolar. "No debemos ceder al desencanto e imaginarnos que los adultos pierden toda influencia y que los niños actúan independientes. Aunque las personas mayores no asistan a los mítines, marcan el tono general a los procedimientos y dirigen la autoactividad de los niños, encauzándola por determinados rumbos. . . "

XIII

Quizá uno de los aspectos más interesantes de la pedagogía marxista es la importancia que otorga a la disciplina de los reflejos condicionados, estimando que gran parte de la moral humana, si no toda ella, consiste en el dominio de lo subconsciente y de los procesos meramente biológicos. Instintos, hábitos, herencia psicológica, temperamento individual, todo esto tiende a manifestarse por medio de actos reflejos, y el pedagogo debe convertir a los reflejos simples y

primitivos en reflejos condicionados, esto es, sujetos a las limitaciones que la acción externa del pedagogo les impone. Los escritores rusos afirman que "no debe predicarse la moral", ni cansar la mente de los educandos "con discursos, disertaciones y apologías" en torno de lo bueno y de lo perfecto. Los procedimientos meramente intelectualistas no conducen a nada, y tal vez el pensamiento de Le Bon, de que "la razón es una luz fría que ilumina, pero no da calor para la acción", lo suscribirían con entusiasmo la totalidad de los pedagogos soviets que ahora dirigen la cultura moral por un sendero netamente biológico, tratando de llegar al dominio de lo subconsciente, de donde deriva la verdadera y profunda moralidad.

XIV

No todas las características expuestas son exclusivas de la pedagogía soviét. Indudablemente algunas de ellas también pueden observarse en los métodos y enseñanzas que las naciones de Europa y América ponen en práctica, por lo que ocurre preguntar ¿cuáles son los rasgos fisiognómicos de la educación en la Rusia soviética?

De lo expuesto, y abstracción hecha de algunos otros que tiempo y espacio nos han faltado para estudiarlos, podemos señalar como indiscutiblemente propios de la pedagogía rusa los siguientes:

- a) Moral comunista y método de cultura individual orientada exclusivamente hacia el fin y el programa comunista.
- b) Actitud radicalmente atea de la escuela soviét.
- c) El materialismo como base del programa de enseñanza.
- d) Los soviets escolares como órganos de la administración y régimen de las escuelas.
- e) La política como elemento constitutivo del edificio escolar.
- f) La escuela del trabajo como medula espinal del sistema.

La escuela única no es exclusiva de la educación soviética. Tampoco lo son la autonomía escolar ni la orientación dinámica y psicológica dada a la cultura individual.

XV

Sea cual fuere el juicio crítico que en definitiva se formule acerca de la educación en la Rusia soviética, indiscutiblemente tiene muchos puntos de vital interés y muchos adelantos que nuestra Universidad debe considerar con atención.